

Hugo Lindo

Confesión y testamento



A puedo hablar ahora, sin ogullo ni modestia, sin pedantería ni complejos, de mi propia trayectoria poética. Cuando un hombre está en trance de muerte, hace bien en poner al día su conciencia, en analizar sus hechos y sus motivaciones, preparándose así para la eternidad. De igual manera, ahora que yo me he despedido ya de la poesía, quiero hacer en alta voz un recuento de mi inquietud, de mi esfuerzo, de mis logros y de mis fracasos. Enfocar todo esto con la máxima imparcialidad de que sea capaz. Colocarme como un crítico que acaba de caer de otro planeta y que empieza a conocer la poesía de un hombre que se llamaba como yo.

He dado un vuelco, si esto es un vuelco. Más bien diría una vuelta lenta, paulatina, que esa cosa inesperada y violenta.

Vengo del fenómeno lírico. Voy al fenómeno narrativo. Es decir, en el orden personal, he seguido la trayectoria opuesta a la que suele seguirse en el orden colectivo. Los pueblos tienen primero una épica: después de haber narrado los acontecimientos exteriores, de haber descrito los paisajes, van volviendo poco a poco los ojos sobre sí mismos, adentrándose en su propio corazón y descubriendo los veneros líricos. Este es el fenómeno social, atestiguado por los "Cantares de Gesta", que se dan antes de la lírica galaico-portuguesa. Pero en mí, repito, ocurrió al revés. ¿Por qué razones? Acaso, en gran parte, por el am-

biente tropical en que me tocó nacer, el conjunto de compañeros de estudio, la voz de los profesores, y, en gran parte también, por mi poca disciplina. Encontraba yo más fácil, un movimiento más natural, la expresión de mis propios sentimientos, que el aprendizaje de toda aquella multitud de detalles necesaria para ser un buen ensayista o un buen narrador.

El poeta tiene todos los materiales en sí mismo: no necesita salir a buscarlos. El narrador, en cambio, necesita impregnarse, empaparse de las realidades exteriores, no sólo en sus lineamientos generales, sino en sus más delicadas sinuosidades y más complejos meandros.

Fuí entonces por la línea de menor resistencia.

Muchacho vehemente, pubertad anticipada, cierta facilidad verbal de la cual no puedo jactarme porque se me dió gratuitamente, todo eso hizo de mí un poeta prematuro, a grado de que aún no había hecho el bachillerato, y hacia el año de 1932 cometí mi primer pecado lírico, publicando un librito que se llamaba *Prisma al sol*.

Alguna vez he dicho a mis jóvenes alumnos allá en El Salvador, sobre todo a los que demostraban mayor capacidad para la poesía, que no deben precipitarse en publicar. A mí me hizo mucho daño. Después de éste, vino en 1936, bajo el signo de García Lorca, que por entonces nos entusiasmaba a todos los muchachos, otro librito, *Clavelia*, cuyo sólo título, que allá podríamos llamar con un localismo, "bayunco", y aquí con otro, "siútico", es bastante para dar idea de su contenido románticoide. ¿Y qué ocurrió? Que ambas producciones eran tan malas, tan decididamente inmaduras, que en ellas apenas sí había tal cual atisbo de imaginación personal, la intuición de algún posible dominio de formas, y nada más. Entonces la crítica, que no le pide a uno la partida de nacimiento para el juicio, fué inclemente. Recibí voces de estímulo de algunos pocos amigos, pero lealmente yo tenía que reconocer ahí más la voz de los amigos que la de los críticos; es decir, se trataba de elogios gratuitos o cordiales. Tenían su poder de estímulo, cierto. Yo sentía en mí, honradamente, sentía en mí la potencia creadora del poeta. Me consideraba un

poeta. Me creía capaz de llegar a la gran poesía. Incluso creía haber llegado a la gran poesía... Resultado práctico fué que me costó mucho, pero mucho, convencer a los lectores y a los críticos de que sí tenía algunas condiciones auténticas. Había entrado con tan mal pie, que fué menester amplia labor de varios años, y triunfar en diversos certámenes, para que terminara por respetárseme y querérseme. Más lo primero que lo último, porque precisamente esto de tener éxito en los concursos, lastima, de soslayo, a otras personas.

Se dijo de mí, por ejemplo, y en tono un tanto despectivo, que yo era "poeta de concursos". Quienes lo decían, también habían participado en certámenes.

No es poco lo que se puede argüir en favor y en contra de estas justas, pero no es éste el sitio preciso para hacerlo. Yo considero que, con todos sus vicios y hasta con su aspecto de maratón deportiva, los concursos estimulan al autor y le sacuden la pereza con la vanidosa o interesada perspectiva de un triunfo.

Siempre tuve gran preocupación por la forma. Quise dominar las técnicas clásicas de la estructura métrica. En alguna medida puedo decir que lo logré. Las esencias se me fueron trocando de día en día más intelectuales y menos emotivas. A medida que los años germinaban canas en mi pelo, así venían los estudios, intelectualizándome, logicizándome, y, en consecuencia, quitándome aquella frescura, aquel *pathos*, aquel don de comunicación que es la característica *sine qua non* de la juventud.

Por eso mismo —y es la razón capital— me inclino hoy hacia otras modalidades expresivas. No por considerarlas, en sí, de mayor categoría, sino por creerlas más acordes con el estado actual y la naturaleza de mis momentos interiores.

Mas, volvamos al tema.

García Lorca, con su influjo indisputado e indisputable sobre mi generación literaria, fué, como decía, el mentor, si no de mis primeros, al menos de mis segundos escauceos literarios. Es todavía la edad de un lirismo erótico. Ni biológica ni psicológicamente, el muchacho sabe adonde va. Sí siente que algo le escuece, que una brasa

le quema, que una inquietud lo atormenta. No le ve los perfiles. No le encuentra contornos. Y trata de decir eso.

Vienen dolores, penas, a las veces —ya juzgadas a esta altura del tiempo— quizá más artificiales que verdaderas; pero en todo caso sentidas. Siquiera sentidas por convicción de que se sentían. Y eso, y las mareas de la política y el afán de peripecia, me hacen poner los ojos en un país que geográficamente está muy distante.

Vengo a Chile en 1939. Así este lirismo erótico o este erotismo lírico de un muchacho de veintiún años, tiene necesariamente que caer bajo otro signo poderoso: el de Neruda. Se trata del Neruda de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, del Neruda de *Crepusculario*, del que todavía no enarbola en la poesía la bandera de una posición político-económica. A nosotros, los muchachos, nos llega por su sensibilidad y por su sensualidad. Nos llega por su lujo metafórico, por su capacidad mágica de transmutar los elementos emotivos, ya no en palabras, sino en imágenes sensibles, y por su independencia formal, que conserva delicadezas de ritmo. De esta edad, apenas si se conservan algunos cuantos poemas en los libros de familia: los que no logré destruir y los que se publicaron prematuramente. Porque ya en ese momento me daba cuenta de que yo no podía ser un pequeño García Lorca ni un pequeño Pablo Neruda, sino que tenía que ser, pequeño o grande, un Hugo Lindo. Que había de lograr mi propia expresión y mi propia dimensión, para lo cual tenía ineludiblemente que seguir el antiguo consejo griego: *nosce te autón*.

Empieza para mí una indagación íntima, un reconocirme con las preguntas de quién soy, qué soy, qué hago, dónde estoy, para qué. Y me voy tornando, quiera que no, metafísico. Pero un metafísico soñador. Un metafísico todavía no lógico. Un metafísico al cual, un año después, en Caracas, el Grupo Viernes, constituido por poetas de gran valía (entre los cuales puedo citar ahora a Pascual Venegas Filardo, a Otto De Sola, a Vicente Gerbasi), llegaría a influir con el reflejo de un poeta a quien yo no conozco ni puedo conocer de manera directa, porque Rilke escribe en alemán, y a lo sumo tendremos

acceso a él por traducciones, quienes no hablamos esa lengua. *Traduttore, tradittore*. Sabemos que Rilke no está ahí; pero sentimos el aleteo de una sensibilidad ya distinta. Entonces nos embarcamos en una aventura submarina, a veces subhumana, en una aventura de ensueño en donde ya incluso no se quiere la logicidad, en donde ya no se pretende la claridad, sino, casi como en un proceso de psicoanálisis, la versión de los mundos interiores con la espontaneidad máxima. También de esta época es poco lo que podría tener aún en las manos. Muy poco.

Ya se está cerrando un periplo. Ya se ha pasado por tres influencias que, siendo poderosas, son no sólo diferentes, sino divergentes. Ya está en consecuencia el hombre más próximo a encontrarse a sí mismo. Ya sabe en donde no está, y por exclusión le va a ser más fácil indagar en donde sí está. Vuelta entonces los ojos a los clásicos: vuelta a la lectura de Lope y de Garcilaso, de Quevedo, de fray Luis y San Juan, retorno a Santa Teresa y a Góngora... Y regodeo deleitoso de las tardes. Y comentario con amigos. Y aprendizaje de memoria. Los clásicos lo son, diría yo, no sólo porque tienen clase o categoría, sino, haciendo un pequeño juego de palabras, porque hacen clases, porque enseñan, porque no se pasa por ellos impunemente, porque nos dejan, cuando menos, un sentido de equilibrio. La poesía se nos plantea ya como una especie de triángulo equilátero entre pensamiento, emoción y forma, pues ya no vamos a subestimar ninguno de estos elementos en beneficio de los otros, sino que vamos a procurar en nuestra producción futura, un todo armónico que sea el trasunto de nuestra propia personalidad, en cuanto pensamos, en cuanto sentimos y en cuanto hablamos.

Un juego de entonces: el estímulo de un café tropical, amargo, denso, aromado, exquisito. El estímulo de la lectura de los clásicos y de la charla con un amigo inteligente, y luego la baladronada, la pedantería de la edad:

—A que no eres capaz de escribir un soneto en diez minutos...

—Que lo hago en cinco. ¿Qué apostamos?... En cinco, y con pie forzado.

Entonces el amigo toma de la libreta una antología de poetas españoles, y encuentra, de Garcilaso, dos versos.

Sí. A los cinco minutos estaba escrito el soneto:

¿MI CORAZON?...

*Y suspirando en el postrer acento
soltó de llanto una profundo vena...*

GARCILASO

*Cabe grande pesar, en la estrechura
de corazón menguado. Cabe aroma
infinito en la flor. Cabe blancura
en un mínimo pecho de paloma.*

*Así el dolor, con veste de ternura,
por mi pequeño ventanal asoma.
Hiel de milagro, deliciosa y pura,
vierte su amarga esencia en mi redoma.*

*¿Mi corazón?... Instable flor que al viento
danza con la ilusión y la esperanza,
instable flor de carne, y viento, y danza,*

*que vino del placer, viajó a la pena,
"y suspirando en el postrer acento
soltó de llanto una profunda vena".*

Esta es la época de los sonetos. Llego —puedo decirlo ahora que estoy lejos— llego a las proximidades de la maestría en el soneto. Porque tengo críticos agudos, y porque hay allá por entonces un erudito poeta, muy sabidor de griegos y latines, terriblemente inflexible. Cuando le mostraba un soneto, Alberto Guerra Trigueros me ponía tantos reparos, que terminé siendo ultrapuntilloso en la for-

ma. Y ahora, honradamente, es muy difícil que me satisfaga un soneto. Esta es forma que no admite medias tintas: el soneto, o es perfecto, o no sirve. Un punto de vista.

Pero el instante de la poesía orgánica u organizada, no ha llegado aún. Hasta ahora, en todo lo que va dicho, la poesía se da como un raptó de imaginación y de placer creador: se vierte en cinco, en diez, en veinte minutos, sobre una cuartilla, y no tiene plan ni propósito... Va a perder en fluidez. Va a ganar en sustancia. Se va, en cierta medida, a despoetizar, para programarse.

Fué en el año del 42 o del 43 cuando se celebró en San Salvador un gran Congreso Eucarístico. Yo he experimentado grandes transformaciones —a veces sutiles transformaciones— en el orden religioso. Ese es un momento en que estaba entregado a la vivencia mística, específicamente católica, con todo mi impulso. Empiezo a preparar un poema eucarístico. Lo trabajo con amor. Llega el instante en que el estudiantado universitario católico realiza en la Iglesia de San José —retirado el Santísimo y la nave central convertida en una especie de espiritual salón de actos— realiza, digo, un homenaje al Santísimo Sacramento. La iglesia estaba atestada de gente. Desde el púlpito, comienzo la lectura de mis estrofas:

*He de iniciar mi canto
en el nombre del Padre, en el del Hijo
y el Espíritu Santo...*

Y al decirlo, me santiguo. Por no sé qué fenómeno de comunicación que está más allá de lo expresable, la iglesia entera se ha santiguado conmigo. Al concluir la lectura del poema:

*Gracias te doy por este regocijo
de terminar mi canto
en el nombre del Padre, en el del Hijo
y el Espíritu Santo,*

santiguóse de nuevo la gente, y estalló una ovación. Quizá la más nutrida que haya recibido jamás. Nunca me he sentido al mismo tiempo tan humilde y tan orgulloso. Orgulloso, porque es muy difícil resistir esas toneladas de éxito, y humilde, porque era mi obligación en la nave central de una iglesia...

En 1943, la Sociedad de Beneficencia Española abre un certamen de homenaje a Cervantes. Concurro. El fallo del jurado tarda un poco. Tarda más. Sigue demorando. Hace días que se excedió el lapso determinado por las bases. Yo estoy inquieto, porque algo me dice, adentro, que soy dueño del galardón.

Tengo mi novia: la que hoy es mi mujer, y suelo visitarla de ocho a diez de la noche. Tengo también un hermanito, que después había de sucumbir en una revolución, al servicio de las libertades nacionales, eclipsadas entonces por sucesivas autocracias. Es Herbert Lindo, cuyo nombre es nombre claro en el martirologio cívico y estudiantil de mi patria. Entrego a Herbert una cantidad de dinero y le digo:

—Tú vas a estar llamando por teléfono, en lo que yo esté allá, cada media hora, cada veinte minutos, lo que sea menester para enterarte de lo que ocurre. Y como algún premio me voy a ganar, si me gano el primero tú vas a casa de mi novia con una botella de champaña, y si me saco el segundo, me llevas una de jerez...

Estoy intranquilo. Me levanto del sofá a cada rato. Me asomo a la calle. Ya se me van a dar las diez y no hay noticias. De pronto lo veo venir: trae las manos escondidas a la espalda, y deliberadamente, tarda en mostrar la botella de champaña. ¿Qué había ocurrido con el fallo?... Bien: que había sido muy difícil: Manuel José Arce y Valladares, magnífico poeta guatemalteco, laureado, no ha mucho, en un certamen americano abierto en la República Dominicana, había sido mi contendor con un poema de altos méritos, y los jueces no habían podido ponerse de acuerdo. Una y otra vez empataron, y como no pudieran llegar a una conclusión, decidieron echar el asunto a suertes. ¡Y a suertes también quedamos tablas!... Un

segundo sorteo favoreció mi *Figura y alabanza de don Miguel de Cervantes Saavedra*, el segundo de mis poemas orgánicos, cuyo canto final es este soneto intitulado:

ENVIO

*Non reparéis en el menguado acento
desta pequeña voz que agora os canta;
pues que para cantaros, el aliento
encontró diminuta la garganta.*

*Magüer, si es atreuido a queste intento
de loar en mi verso gloria tanta,
aduertid que mi baxo pensamiento
con el solo pensaros se levanta.*

*A vos, sennor, con la modestia suma,
fago de los mis versos en envío:
regalo que a la luz face la bruma,*

*debda del vassallaje al sennorio
muy vana reuerencia que la espuma
rinde a la eternidad del mar bravío.*

Ya en 1946 ó 47 concibo todo poema en forma arquitectónica y, si bien dividido en cantos, cada uno constituye por sí sólo un libro. He escrito hacia esa época dos poemas de la más diferente estructura. Uno, titulado *Dos afluentes de sangre*, es un himno a Hispanoamérica en donde se ensalzan las glorias del mestizaje. Estos dos afluentes son, claro está, la sangre hispánica y la indígena. Es un poema de corte épico, en el cual se va pasando revista a los hechos más refulgentes de la historia religiosa, civil y literaria de América Latina, desde los días precolombinos hasta los contemporáneos. Hay allí cantos que ahora juzgo hermosos, pero rimbombantes, declama-

torios, con lujo verbal o verbalista, con demostración de orgulloso poderío expresivo... Son un momento: quizá el anticipo de lo que después vendría, que ya no sería la poesía épica, sino la épica a secas, vale decir, la narrativa. No le doy mayor importancia al trabajo ése. Se publicó en una revista de Honduras, *La pajarita de papel*, incompleto. Tiene trozos que pueden quedar, probablemente, dentro de la historia de la literatura salvadoreña. No me atrevo a decir más.

Ese mismo año se abre en la ciudad de Guatemala un certamen centroamericano de Ciencias, Letras y Bellas Artes —éste era el nombre oficial— con un premio atractivo, un pergamino, la edición de la obra. Participo. Me sonrío el éxito, pues logro el premio “15 de Septiembre”, que en esa única oportunidad, se duplicó: también lo obtuvo, pleno, en las mismas condiciones mías, Eunice Odio, la poetisa de Costa Rica, por su libro *Los elementos terrestres*. El mío se titula *Libro de Horas*. En él ya hay una estructura premeditada, que puede haber resentido la frescura en más de un momento.

Si resumiéramos a escala la vida del hombre y la subsumiéramos en 24 horas, tendríamos nosotros una hora para cada momento emotivo, para cada desarrollo. Tendríamos el instante de la duda, el de la sensualidad, el del amor maduro, el momento del desaliento, el del júbilo total. Esas 24 horas formarían una especie de autobiografía subjetiva: “por aquí fué pasando”. Pero en mi libro las horas del hombre no son 24: son 26. Hay dos “horas cero”: una cantada desde el vientre de la madre, avisando la próxima llegada; otra cantada desde el vientre de la tierra, diciendo la estación de arribo. Este libro fué editado por el gobierno de Guatemala al año siguiente, en 1948. El trabajo fué tan lindo y lujoso como descuidado. Por esa época yo andaba en Corea, como Delegado de El Salvador a la Comisión Temporal de las Naciones Unidas, y no me fué posible corregir personalmente las pruebas. En 1950 la Universidad Autónoma de El Salvador dispuso reeditar la obrita, y entonces sí pude corregir pruebas, y lograr un trabajo bastante más depurado. He aquí la

PRIMERA HORA CERO

*Nada. La muerte es honda. Un frío vuela,
paloma de tristeza, en la sentina,
y crecen las tinieblas en la mano
de un Dios oculto en las tinieblas mismas.*

*Aún el canto no hallado, se estremece
buscando voz en la garganta exigua,
y están las selvas y los animales
en las oscuras gangas de la mina.*

*El viento cruza solo, inmensamente
abandonado. El hálito que anima,
duerme aun en la espera prodigiosa
del cristal que no talla sus aristas.*

*Y un gran vacío inmenso. Un gran vacío
que ninguna palabra delimita,
esfera de pavor, lámpara negra,
inicial sin contornos de la vida,*

*llena el ámbito enorme con sus mares
sin sal ni yodo ni emoción marina,
y ahoga de antemano los sollozos
y estrangula el color de las sonrisas.*

*Rubia simiente en el temblor del aire,
algo menos que Nada concebida,
bajará los peldaños de la sombra
hasta el regazo de la tierra amiga.*

*Y empezará el milagro dulcemente,
sordamente, en la entraña sorprendida,
a construir de esa muerte diminuta
una raíz, un tallo y una espiga.*

*¡Mujer, tú eres la tierra! Ya en tu vientre
un futuro de sangre se adivina,
y amarran los zarcillos de otras venas
el árbol del Amor al de la Vida.*

*Yo llegaré mañana. Cuando crezca
la maleza brutal de las espinas
y tu carne se rasgue entre los garfios
de un dolor sin clemencia y sin orillas.*

*Yo llegaré mañana. Cuando seque
la fiebre la humedad de tus pupilas
y haga temblar tu cuerpo una tremenda
realización de vastas profecías.*

*No soy aún. No sufro. No pregunto.
Ninguna racha de pasión me agita.
Estoy en los arcanos de un presente
que no tiene frontera definida.*

*Y sin embargo, soy simiente rubia
lanzada del Misterio hacia tus días,
simiente de esperanza y de sorpresa,
de afán y de congoja y de fatiga.*

*Yo llegaré mañana. Cuando el alba
ni siquiera se anuncie todavía,
para que al escapar de la tortura
mi presencia te inunde y te bendiga.*

*Y sentirás el júbilo perfecto,
la fiel esencia de la epifanía,
cuando mi voz, cuchillo de sollozo,
corte el duro silencio y te persiga.*

*Por entonces serán tus dos panales
frutos de dulce nieve nutritiva,
y habrá en tus ojos anidado el pájaro,
—tibio plumón— que en el silencio trina.*

El amor, como es natural, no se conquista en un raptó único. Es necesario ir descubriendo sus matices y formas. Los años, la experiencia, van revelando sus múltiples facetas: primero, la desazón incomprendida, un impulso vago e ilusionado que no alcanzamos a descifrar; luego, las comarcas un tanto gaseosas de las sublimaciones platónicas; más tarde, la vehemencia de la carne y la sangre afirmando los hitos de un despertar viril. Y los celos y los desencantos, y las tristezas y las despedidas y los recuerdos, hasta llegar a un tipo de amor cabal y humano, en el cual se sintetizan todas las formas halladas.

Uno de estos momentos de la emoción aparece en el *Libro de las Horas*, concebido así:

LAS 11 A. M.

*Alba, tus dedos de sueño
van abriendo mi ventana,
y en el filo de la brisa
la pura luz te acompaña...*

*Los ojos están despiertos
pero está dormida el alma:
un grueso edredón de sombra
cubre sus pies y sus alas.*

*Alba, ¿quién viene contigo
que el corazón se me ensancha
y siento como un aroma
rozándome por la cara
y adentrándose en el pecho
con la frescura del agua?*

*¿Quién tiñe de rosa y oro
los rincones de mi casa?
¿por qué un licor de congoja
siento que ahora me embriaga?*

*¿Por qué una lucha de siglos
en mi corazón batalla,
y los recuerdos sucumben
y brotan las esperanzas?*

*Alba, ¿quién viene contigo
que a un tiempo acaricia y mata?*

*¡Los ojos se están durmiendo
y está despertando el alma!...*

Es fácil advertir cómo viene creciendo dentro de la emoción lírica —a veces acogotando a la emoción lírica misma— cierta densidad metafísica, cierto preguntarse por el destino del hombre, cierto querer saber por lo menos cómo se ama.

El próximo libro, publicado en 1953, habría ya de traer el mismo problema a una dimensión más cósmica. Ya no es el hombre que nace en la tierra, que cruza sus vicisitudes y vuelve a la tierra. No. Ahora es el mundo mismo que nace en el sistema solar. Ahora es la conciencia misma que nace en el Universo y que no va a perecer, pero que de pronto se encuentra en la tierra, y se encuentra aherro-

jada, encarcelada, limitada. Por aquí, los muros del tiempo: ayer, hoy, mañana, con sus mil interrogantes. Por allá, la muralla de mi propia piel, que me impide seguir siendo yo mismo más allá de su tensa superficie. La limitación del espacio, la limitación de la inteligencia, la capacidad de amar, que no es plena... ¡El hombre, un animalito enjaulado!... Pero un animalito con alas, con deseo de evadirse, con capacidad de vuelo, que busca las rutas de la fuga, que sufre y llora su cárcel, pero encuentra en la religión y en el arte, en la filosofía e incluso en el vicio, puertas de escape a la pequeñez circundante.

El libro consta de tres partes no muy bien identificadas. De tres partes que van como en un contrapunto musical, entrecruzándose. La una es la creación y el crecimiento de la conciencia. La otra es la autoconciencia de limitación. La tercera, el afán de evasión. De esta *Sinfonía del límite* —que es ya el drama filosófico del esencialismo y el existencialismo— traslado a continuación dos cantos:

AUSENCIA DEL MAÑANA

*Hermanos míos: compartid conmigo
este trozo de afán y levadura,
este alimento de zozobra oscura
en cuyo triste corazón, el trigo
sólo es promesa de piedad futura.*

*El instante se va de nuestras manos
a las volubles manos de la prisa;
apenas una ráfaga indecisa,
algo menos que ráfaga, ¡oh, hermanos!
¡Y el vaso del presente se nos trizal*

*Vuestros ojos, mis ojos, están ciegos
ante la luz que bañará el futuro;*

*ellos quisieran transponer el muro
y avizorar sus intocables fuegos
para cantarlos en el hoy maduro.*

*Inútil es, hermanos, toda urgencia.
Inútil todo afán de profecía:
nuestra fortuna es sólo la agonía
del instante, ya ausente en la presencia;
lo demás no ha llegado todavía...*

*Hermanos míos: elevemos juntas
estas copas de verbos y adjetivos,
y en sus bordes de filos intuitivos,
bebamos nuestro vino de preguntas
hasta la hez de sus tormentos vivos.*

DE LA POESIA

I

*Bien: es lo que decíamos ahora.
Encenderse de lámparas sin motivo aparente.
Alzar copas maduras
y beber los colores de la nieve
como quien bebe alas de paloma
o brinda con angélicas especies.*

II

*Claro: lo que decíamos ahora.
¿Para qué detener en las palabras
lo que se va por ellas, y revierte
en el propio minuto del encanto
a su silencio tenue?*

*¿Para qué definir lo que pudiera
relatarse jeroglíficamente?*

III

*Exactamente: de eso hablábamos.
De no decir el nombre de las cosas
ni aquella calidad que las aprieta,
sino sólo su sombra,
mejor dicho, el milagro
sonoro de su aroma
Dejar que las palabras
por sí solas,
tomen hacia el prodigio
la ruta aérea de las hojas.*

Años de silencio lírico.

Durante 1955 surge, ya aquí en Santiago, mi testamento: mi último libro de poemas. No volveré a escribir versos.

Ahora ya no quise seguir la línea metafísica. Ya no quise continuar esta indagación torturante que no tendrá una respuesta filosófica definitiva. Se me achacó la intelectualización. Se me llegó a criticar con acritud por la *Sinfonía del límite*, que es el libro que más altos elogios y más vehementes censuras me ha suscitado. Quise volver a las vivencias infantiles, al arraigo al terruño, a decir cosas tiernas, candorosas, amables. Quise decir la ternura de una infancia y de una edad moza que ya empiezo a ver un poco desde lejos. Y dar entonces un poema de más sensibilidad que inteligencia. Pero el demonio de la inteligencia orgánica ya se había metido en mis trabajos. Fué así como *Territorios del sentido* surgió también con estructura definida: una estructura septenaria. Son siete sentidos: los cinco normales, un sexto que podría llamarse intelectual, y el último, el de la intuición, si puede decirse así, o más bien un sentido integral, total, abarcador, en donde el hombre funciona como uni-

dad, con sus pies, sus manos, su cabeza, sus ojos, su lengua... y su alma. Y cada una de estas siete partes fué constando a su vez de siete motivaciones sensoriales: los sabores de la infancia, los aromas de la juventud, los regocijos del tacto, los sufrimientos de la inteligencia, la plenitud del vivir.

No se indica en cada parte a qué sentido pertenece —pues sería explicarlo en demasía— pero se coloca un epígrafe que hace pensar ya en las cosas sonoras, ya en los deleites del paladar, etc. He aquí, de la zona musical, el poemita

PINOS

*¡Los pinos!
En las cumbres de Honduras
yo los oí cantar —dulces órganos verdes—
con una voz nacida en los comienzos,
terrible y pura.*

*Se allegaban al pasmo
como densos navíos de los vientos,
resina enarbolada, aroma en vela,
huracán contenido.*

*Decían el descenso de las razas
a las concavidades de la historia,
y el rumor del océano
envolvía su ruda tristeza
de índices solitarios,
de vegetales monjes.*

*¡Ah voz, ah voces, aluvión de voces!
Por las copas rodaba un dios vehemente
borracho de sinfónicos prodigios,
y caía hasta el mar, lejano y único.*

*¡Aquí vinieren ellos, los que atan
en cinco cuerdas tensas todo el ritmo del mundo!*

*¡Aquí, a robar orquestas bajo la paz solemne
de los más altos cielos de la música!*

*¡Aquí, a escuchar la espesa geología
contando su aventura y la del árbol!*

*¡Honduras honda, nieta de pinares,
creciente pino en vertical hondura,
agreste caracol de las montañas
que encierra el mar sonoro de los pinos!*

Y de la zona de fragancias, este otro canto en el cual aparece citado un pajarito amarillo, canoro y veloz que nosotros llamamos "chiltota":

LIMONERO DEL PATIO

*Limonero del patio, yo recuerdo
tu matinal constelación dorada,
tus maduros planetas en el suelo
cantando zumos de amarillas gracias;
tu manera sutil de estar volando
en la invernal atmósfera del agua,
mientras en tu ramaje, las chiltotas
eran mudos ovillos de fragancia.*

*Recuerdo tu amorosa continencia,
tu dulce charla de hojas agitadas
y la quietud celeste que subía
hasta el perfume en tus dormidas savias.*

*Y luego, a tu redor, manos inquietas,
nudos de voces, coros de algazaras*

*festejando inocentes, tu escondida
población de luciérnagas intactas.*

*Me fuí de ti. Mi corazón te añora,
jverde pilar de aromas en la infancia!
Mi soledad te busca en libros viejos,
cartas de amor y flores disecadas,
yendo corriente arriba por los años
a la acidez impúber de tu estampa.*

*Y me entristece a ratos tu recuerdo,
el frutal abandono de tu dádiva,
porque en tu olor se me enredó un cariño
y con el tiempo se ha tornado lágrima.*

Ahora voy a cerrar mi testamento con el último canto de este libro. Es decir, con el poema final de mi carrera lírica:

EVOCACIONES

*Un poco de horizonte y de tarjeta
minuciosa, con cirros navegantes,
con arreboles tibios de otra época,
y otro poco también
con la tristura
de un imposible absorto frente al mar.*

*Cualquier parte es lo mismo. Yo estoy siempre
dentro de mí, ya hundido y silencioso.*

*Pero no este recuerdo
con otra luz, con otra
manera de caer,
que se levanta y arde*



*sus viejas, limpias lámparas,
donde el polvo hizo nido
y la sombra descalza duerme sopores lentos.*

*No este modo sencillo
y casi traicionero
de reventar un vaso de perfumes
en la mitad del aire,
y decirme:
respira: abre los ventanales soñolientos,
pon sus persianas a otear, veletas,
aunque te duela el ritmo de la sangre.*

*Es cierto:
el cielo arriba, de este color. La tierra
casi invisible bajo su verde sábana,
y un tanto roja a trechos,
en las calvicies del verano.*

*Es cierto:
un árbol de éstos,
nutrido, así, de frescas y redondas sustancias,
con su acidez
o su dorada plenitud.*

*Es cierto:
un mundo así, que yo tenía
en la primera acotación del sueño,
limitado al oriente, cuando apenas la luz,
por esperanzas sin exacto dibujo,
al occidente por los viajes posibles,*

*al norte por el tedio que iba creciendo sordo
como las marejadas de la edad,
y al sur por la agonía de no estar en su carne,
sino volando apenas círculos de recuerdo.*

*Es cierto:
un hombre aquí,
de este modo vestido
y sin más lucha ni ambición
que la mazorca de maíz sonriendo a la ventura,
el tabaco viajando por un mundo de azules
y el sol colgado arriba, donde el dios de las lluvias
y su benevolencia de terrón y esmeralda.*

*Toda mi geografía lejanísima,
de golpe, aquí,
donde yo estaba solo,
donde nadie cabía sino yo mismo, apenas.
Un anonadamiento
de caídas imágenes y aromas,
un ser en otro sol, de otra manera, antigua
y renovadamente amada,
y para siempre.*

Entre otros afanes, tuve siempre el de contribuir en la medida de mis posibilidades al enriquecimiento de la lírica salvadoreña, y, de modo especial, a su universalización. Acaso cometiera el error —se me ha señalado reiteradamente— de alejarme un mucho de las condiciones geográficas e históricas de la patria, de su palpitación telúrica y humana, para dar una voz de intención cosmopolita. Jamás lo hice por desamor o subestimación. Fué cosa de temperamento. Quizás de factores hereditarios. Mi problemática y mi sensibilidad huyeron siempre de lo aldeano, en la convicción de que toda reali-

dad íntimamente concebida, es humana. Y dentro del humanismo y de la humanidad, nuestra voz era débil. Otros, con distinta manera, de ver y de sentir las cosas, han dado la nota nacional, típica, y a veces —¿por qué no decirlo?— hasta demagógica. Todo eso estaba lejos de mí.

Hecha la confesión, puestas notarialmente en orden las vivencias líricas, al poeta sólo le falta recibir los Santos Oleos, que espera le sean otorgados por la benevolencia del lector.